El pequeño monito del monte

Seudónimo: T. C. Rojas

A veces, las pequeñas criaturas no solo pasan desapercibidas, sino que tampoco tienen un nombre propio. A veces, los pequeños animalitos del sur de Chile se sienten solos y temerosos. A veces, allí entre los bosques templados se encuentra un tímido monito del monte que pasa escondido entre las ramas.

Que sea un animal nocturno y muchas veces olvidado no significa que no esté allí, siempre latente y atento a todo su entorno, a aquella fauna que lo rodea y lo llena de devoción. Tiene un amigo pudú adorable que todos aman, una amiga ranita de Darwin de colores brillantes, un amigo astuto que es un zorrito culpeo, un amigo puma que es muy fuerte y una amiga que es un cóndor que puede rozar las estrellas y nubes con sus plumas. Todos tienen un propósito único, pero el pequeño monito del monte no encuentra fortalezas en él.

El invierno estaba por llegar. El monito del monte sabía que no tenía más opción que regresar a su nido hecho de musgo bajo las rocas para hibernar si no quería enfermarse por la lluvia que pronto caería. Así regresó sobre sus huellas, pero cuando regresaba y la luna reemplazaba al sol, una vocecita desesperada y aguda lo detuvo.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡No puedo salir de aquí! —chilló un huillín, una nutria de río que estaba atrapada en una abertura entre unas rocas resbaladizas que no le permitían subir—. ¡Ayuda! ¡Ayuda!

El monito del monte no pudo moverse. Miró a todas partes buscando a otro animal más inteligente o fuerte que pudiera rescatar a la nutria, así solo vio las nubes oscuras que llegarían con mucha lluvia.

Estaba en grave peligro.

El monito del monte se asomó por la grieta y observó hasta el final con sus grandes ojos negros.

—¡Hola! —La criatura jamás se había sentido tan feliz—. ¿Puedes ayudarme a salir de acá? Tengo frío y miedo.

El corazón del monito del monte latió más rápido.

—¡Pero solo soy un monito del monte! —se lamentó él—. No tengo ninguna habilidad para ayudarte.

La nutria sacudió sus bigotes.

—Eso no es cierto. Tienes una cola con la cual puedes agarrarte de esa rama y me puedes subir con tus patas delanteras. También eres lo suficientemente pequeño como para ayudarme a subir por la grieta. Y pudiste escucharme con tus buenos oídos.

El monito del monte nunca había recibido tantos halagos que eran ciertos y quiso creerlos con todas sus fuerzas para ayudar a la nutria bebé, pero no podía entender cómo ella veía virtudes donde él solo veía fracasos.

—No tengo la fuerza de los pumas, ni la agilidad de un zorro. Incluso aunque mi cuerpo pueda llegar hasta donde estás, no creo ser capaz de subirte —confesó el monito, temeroso de que la nutria lo considerara tan débil como él se veía a sí mismo.

La nutria lo miró con cariño.

—Nunca sabrás de lo que eres capaz si no lo intentas.

Y era cierto.

Incluso si el monito del monte nunca había conocido la esperanza y la grieta se veía más oscura que la noche más fría, la nutria lo necesitaba y sus palabras habían sido una luz en su tormento, una estrella en el extenso espacio y un hermoso copihue en un bosque desierto. De pronto se sintió fuerte, capaz y vivo. No necesitaba el cuerpo grande de un puma, ni las grandiosas alas de un cóndor, ni mucho menos la ternura de un pudú para rescatarla. Era un monito del monte y era perfecto.

Comenzó a descender. Su cola, que tantas veces había considerado demasiado simple comparada con la preciosa cola del zorro, ahora le servía como ancla para sostenerse de una ramita. Mientras bajaba, la grieta se estrechaba más. Cualquier otro animalito del bosque se habría quedado atascado, pero su diminuto tamaño

que tantas veces le había hecho sentirse insignificante, ahora era su mayor fortaleza. Con un último esfuerzo, el monito del monte alcanzó a la nutria bebé. Con delicadeza, la tomó entre sus patas, sintiendo su corazoncito latir contra el suyo.

—Agárrate fuerte y no me sueltes —le susurró—. Te llevaré con tu familia.

Ella lo abrazó para no caerse mientras él subía con una facilidad valerosa. Una vez estaban en la superficie, ella saltó de alegría por ser rescatada, escuchada y de estar con vida.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! —cantó brincando alrededor del monito—. ¿Cuál es tu nombre, amigo mío?

El monito del monte se aguantó una sonrisa tímida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Me has rescatado. ¡Eres mi héroe y mi nuevo amigo! —Sonrió cerrando los ojitos—. ¿Cuál es tu nombre?

El monito del monte nunca tuvo un nombre propio, porque se había sentido demasiado insignificante en comparación a los otros animalitos como para ser mencionado, notado, recordado y amado. Pero en esa ocasión, él había sido el único capaz de salvar a su nueva amiga. Era un héroe. En su corazón sintió orgullo y paz cuando el viento nocturno lo abrazó por la espalda y le susurró lo siguiente: “Tu valor no se mide por tu tamaño, sino por la inmensidad de tu corazón”.

—Yo no tengo nombre, porque creí que no lo necesitaba, hasta hoy que, gracias a ti, descubrí mi fortaleza interior y mi gran corazón —admitió con una sonrisa—. Amiga huillín, ¿cuál es tu nombre?

—Almita —contestó ella con suavidad—. ¿Tú te quedarás sin nombre? Eso no es justo, me salvaste de la grieta. ¡Gracias!

El monito del monte estaba más agradecido con Almita, porque, en realidad, había sido ella quien lo había rescatado de sus sentimientos negativos. Le había abierto los ojos hacia todas sus virtudes y bellezas. Ella le había salvado la vida.

—Almita, quiero que seas tú quien decida mi nombre.

Almita se sintió honrada. Se tomó un segundo para meditarlo.

—¡Antú! —contestó emocionada—, porque significa esperanza y eso eres tú para mí.

Antú y Almita se volvieron a abrazar. Entonces, con los ojos brillando de cariño y el pecho lleno de paz, Antú entendió que valía tanto como un rayo de sol en invierno. Silencioso y pequeño, pero cálido y capaz de salvar vidas como la de su querida amiga Almita.